



# Vida Local

---

## VIVIR EN UNA NEW TOWN

### 1. Stevenage

Por Ruth Adams

Llegamos a *Stevenage New Town* en 1954, procedentes de un suburbio londinense con un gran problema de alojamiento. Allí habíamos compartido una casa durante los primeros once años de nuestro matrimonio; ahora que nuestro hijo tenía ocho años, comprendimos que debíamos hacer mayores esfuerzos para obtener nuestra propia vivienda. El organismo responsable (1) no podía ofrecernos ninguna esperanza puesto que sólo teníamos un hijo y disponíamos de media casa.

Cuatro niños en una habitación era el tipo de problema con el que se enfrentaban.

El suburbio, al noroeste de Londres, estaba bien acondicionado, con buenos parques, muchos árboles y macizos de flores, iglesias, clínicas, bibliotecas, etc., los residentes eran de todos los niveles y había gran variedad de tiendas para todos los gustos.

Para obtener una casa en Stevenage, mi marido tenía que conseguir un trabajo allí previamente. Tuvo suerte al poder cambiar su puesto dentro de su propia empresa —Electricity

Board— y trabajar en la oficina de Stevenage. A las empresas se les facilitaba un número de viviendas para sus nuevos empleados y esto a veces significaba un período de espera entre empezar el trabajo y obtener la vivienda. En nuestro caso, éste fue de seis semanas, durante las cuales mi marido viajaba a y desde Londres.

Después de tantos intentos por alojarnos en Londres, apenas podíamos creer que íbamos —al fin— a tener una casa entera para nosotros solos. La Corporación de Desarrollo de Stevenage parecía realmente querer aceptar nuestra petición, algo maravilloso después de haber oído tantas veces «ustedes no tienen suficientes niños», o «no tienen enfermos» o privadamente «no tienen bastante dinero». Cuando nos llevaron a dar una vuelta en coche y ver los diferentes tipos de casas entre los que elegir, no podíamos creer nuestra buena suerte.

Nos mudamos en noviembre, a la última casa de una hilera de ocho, con un enorme jardín. El resto de la calle no era aún más que enormes montones de ladrillos y edificios a medio construir. Las aceras, no estaban acabadas, no eran otra cosa que senderos de escorias en los que en

la primera semana se estropearon nuestros zapatos de Londres.

Las calzadas eran muy estrechas debido a los montones de ladrillos y arena, y estaban embarradas por el paso de los camiones. Preferíamos andar sobre ellas en lugar de sobre la escoria y éramos salpicados de barro por los camiones e incluso a punto de ser atropellados.

En aquellos días los coches no eran un problema puesto que la mayoría de la gente iba en bicicleta, ahora hay sendas especiales para ellas que apenas se usan, y las calzadas son demasiado estrechas para el número de coches que circulan.

En las primitivas zonas el espacio dedicado a garajes es muy limitado y ahora hemos llegado al punto en el que la Corporación pide a todo aquel que disponga de suficiente jardín, que permita la construcción en él de plazas de garaje.

Pensábamos que nuestra casa era maravillosa y aún permanecemos en ella, a pesar de que hay oportunidad de mudarse dentro de la ciudad y mucha gente así lo hace.

El mudarse a un área nueva en período de formación ha sido la regla para muchas familias. Durante los primeros meses vimos que todos

(1) Housing authority

nuestros problemas no habían desaparecido al adquirir nuestra propia casa. Era muy fría: el antiguo principio de dejar a los vientos de marzo secar la casa antes de ser ocupada, apenas podía cumplirse en esta ciudad. Las paredes eran delgadas y las ventanas no cerraban bien. Nuestra casa compartida de Londres nos parecía en comparación muy acogedora, con sus dos chimeneas, moquetas y cortinas apiladas.

Comprábamos el periódico local y nos asombraba leer cartas de queja acerca de nuestro mismo tipo de casa. La nuestra no parecía ser tan mala como las otras, pero ¿a qué habíamos llegado! ¿Podría algún día ocurrir algo horrible? Quizá el techo se desprendiese a causa del viento como ocurrió en otra New Town cercana. Nuestras paredes eran de bloques ligeros de hormigón cubiertos de un fino revestimiento. Esto fue un problema, la condensación corría por el interior formando charcos en las irregularidades del suelo.

Todas estas cosas fueron arregladas bastante pronto. Sobre las paredes colocaron tableros solapados dando un delicioso aspecto sueco a la casa. Todas las ventanas de madera que no ajustaban bien, fueron cambiadas un día de invierno por otras metálicas. La puerta principal, fue ajustada con un aislamiento de cobre y ahora cierra como una caja fuerte. Todas estas cosas nos reafirmaban de nuevo que después de todo no nos habíamos mudado a una New Town que podía derrumbarse o ser abandonada a la mitad, por no funcionar.

En aquellos primeros días, cuando la ciudad era pequeña, la Corporación era muy benevolente y el cobrador del alquiler parecía un amigo, bien recibido y con el que poder charlar en cualquier momento, incluso —en cierto modo— un asistente social que renunciaba a un tiempo valioso para tomar una taza de té con un inquilino solitario.

Aquí, los vecinos eran diferentes. Quizá todos lo encontrábamos extraño, pero de todas maneras todos pa-

recíamos más alegres e interesados por los demás. Poco a poco olvidamos nuestros modos de vida suburbanos y se desarrolló un ambiente más análogo al de una comunidad de pueblo.

El principio general de construir tiendas, oficina de correos, bar y quizá una iglesia en los centros de barrio, parece correcto puesto que crea un punto focal en donde se reúne una gran variedad de gente. Estos centros están generalmente a una distancia recorrible a pie desde las viviendas y ofrece un servicio más íntimo que el Town Centre. Los ancianos llegan a ser conocidos charlando con los dependientes, además de la ventaja de no tener que pagar autobús para ir al centro. Antes de que estos pequeños grupos de tiendas fueran construidas, se usaban viviendas como comercios, con obvios inconvenientes y falta de sitio para almacén o clientela.

Para la gente procedente de Londres, con su gran variedad de tiendas y precios, esto resultaba muy raro. Muchos iban a Londres los fines de semana a visitar amigos y parientes y a comprar en los lugares habituales.

Esta situación cambió cuando se construyeron más tiendas y la gente se acostumbró a su nueva vida.

El Town Centre, de uso peatonal, es ahora profusamente usado por la gente de Stevenage y por la de los alrededores. Las tiendas están pensadas para la mayoría naturalmente, pero habiendo pasado ya veinticinco años, sería conveniente contar con más dotaciones para gente madura.

Stevenage, en sus primeros días, parecía un lugar muy feo. Recuerdo haber pensado —yendo en el autobús— lo horrible que parecía todo, estando determinada a no degradar mis standars de belleza. Era difícil imaginarse la idea de los urbanistas viendo áspero hormigón y barro por todas partes, y árboles recién plantados aquí y allá a lo largo de hileras. Tomé la determinación de imponer mi voluntad sobre mi entorno y no permitir que su fealdad me anulase.

Supongo que otros sintieron lo mismo y a pesar de la petición de la Corporación de que no plantásemos arbustos y árboles altos para no alterar la idea «abierta» del planeamiento, la gente comenzó a plantar en sus jardines barreras y árboles frutales, haciendo sentir su presencia. ¿En qué pensaron los urbanistas? No conozco a ninguno que viva en la New Town, quizá se han marchado y se han construido su casa en un bosque.

Otra molestia de los primeros días de Stevenage, fue la movilidad de algunos profesionales. Llegaban para un cierto tiempo y después se mudaban de nuevo, nosotros llegamos a pensar que Stevenage era algo así como una pista de «despegue», un buen lugar donde ganar experiencia, pero no para vivir en él. Para aquellos de nosotros que habíamos llegado para asentarnos y vivir aquí, esto era incómodo y se añadía a nuestra sensación de inseguridad. Recuerdo haber pensado al volver a mi casa, ¿por qué entro en esta casa extraña? Una casa nueva en una ciudad ya establecida hubiera tenido —al menos— una atmósfera inicial, algo que poder contener, aquí, todo era nuevo y en gran parte experimental. Acostumbraba a preguntarme si un día no sería todo abandonado y seríamos dejados en una ciudad a medio terminar.

Para ayudar a amueblar la casa y arreglar el jardín, obtuve un empleo en el casco antiguo de Stevenage y aquí encontré mujeres que habían estado juntas en la escuela, las envidiaba por su seguridad y camaradería. Había algo de malestar por parte de la gente de la zona antigua de la ciudad sobre la tierra empleada para construir la New Town y la consiguiente llegada de gente. Los niños de las ciudades no respetan los caminos de los campos y causaban daños en los cultivos, etc. Sin embargo este resentimiento no era personal y la amistad pronto empezó a crearse entre compañeras de trabajo.

Nuestros amigos de Londres empezaron a visitarnos a menudo y según amueblábamos y usábamos la



casa, comenzó a ser más nuestra y ganó carácter.

Pronto tuvimos en ella cosas felices que recordar y se convirtió en un hogar. El jardín constituyó un desafío, como lo fueron todos los de los demás, eran frecuentes los préstamos de herramientas y el cambio de plantas entre vecinos. Ahora el jardín tiene una larga historia, con plantas, anécdotas de cómo llegaron y de dónde vinieron.

Las escuelas eran buenas. Edificios bonitos y aireados y un nivel de enseñanza favorable comparándolo con Londres.

El ir a las «Veladas para Padres» era un placer y empezamos a reunirnos con otros padres, comenzando una amistad que duraría los diez años siguientes al período escolar de nuestros hijos. Esto se sumó a nuestra seguridad, reuniéndonos con profesores y con una parte vital de la vida de la ciudad que obviamente funcionaba.

Poco después de nuestra llegada a Stevenage, fuimos a nuestra parroquia e hicimos amistades que se han mantenido. Mi marido y yo éramos felices en el trabajo y Robert iba bien en la escuela. Todo nos ayudaba a instalarnos en nuestra nueva vida. No fue tan fácil para algunos. Muchos hombres tuvieron que aprender nuevos oficios, a veces esto no resulta y era necesario cambiar de empleo. Las esposas comenzaron a trabajar para ayudar a pagar alquileres, compras o quizá un coche con el que visitar en Londres a los padres, pues el precio del tren era caro para viajes familiares.

A algunos niños no les gustaba la vida escolar y estando trabajando sus madres, empezaron a callejear después de las clases. Así empezó la queja de que no había nada para hacer.

Otros problemas de la vida moderna están presentes en Stevenage. Matrimonios separados, deudas, deshonestidad, no en mayores proporciones que en otros lugares, pero quizá agravado por el hecho de que las familias estén lejos de su tradicio-

nal vecindario y por tanto, de su código de conducta.

Se han formado muchas organizaciones. Sería imposible asistir a todas las representaciones programadas. La Escuela Superior, tiene un programa de clases nocturnas, las parroquias y clubs sociales organizan reuniones de todo tipo. Sociedades dramáticas y musicales ofrecen un programa completo, en los centros de reunión se llevan a cabo sesiones de «bingo» (2) y los bares proporcionan animación en el fin de semana. Algunos grupos dramáticos existían ya en la antigua Stevenage y han sido aumentados con nuevos residentes, mientras que otros se han formado exclusivamente con miembros de la New Town. Cada organización está bien apoyada por su propio público, sin embargo hay algunos que dicen que la ciudad está «muerta» y que no tiene nada que ofrecer. Parece difícil encontrar diversiones organizadas para todos. Probablemente no hay modo alguno de reemplazar la animación y la atmósfera de vivir en el centro de Londres, donde muchos vivían antes de venir a Stevenage.

El hospital de Stevenage está aún en construcción, por eso, durante veinticinco años los de las ciudades vecinas han tenido que soportar la carga de los excesivos pacientes, en particular los servicios de maternidad de una ciudad compuesta por familias jóvenes. Parece que hemos podido arreglarnos con este sistema, pero siempre ha causado molestias el ir al hospital a visitar enfermos. Esto fue en parte atenuado por un sacerdote anglicano que organizó —junto con las autoridades locales— un servicio de autobús que recorre la ciudad, para ir al hospital de la ciudad vecina a horas de visita.

Parece raro que una idea tan estúpida como es una New Town, careciese de una cosa tan simple e importante como ésta.

La industria de Stevenage atrae a mucha gente, y aunque la ciudad está ideada principalmente para alo-

(2) Parecido a nuestra Lotería (N. del T.)

jar a las familias excedentes de Londres, los trabajadores clave, son aceptados de todo el país. Esto junto con la necesidad de emplear muchos profesores e instructores, significa que la población cuenta con mucha gente con empuje y estímulo. Las ideas nuevas son siempre útiles y existe una sensación general de actividad.

Junto a esto hay además un temerario egoísmo, que puede ignorarlo todo en derredor excepto el amueblar y acicalar un hogar hasta su perfección.

Stevenage ha sido descrita como una «ciudad sin alma». Esto no lo puedo admitir. Mientras los escolares recojan leña para las ancianas, los jóvenes —chicos y chicas— llevan a los impedidos a sus clubs, los vecinos demuestran gran afecto en momentos de dificultad, y la gente normalmente se comporta como seres humanos, el alma de Stevenage evolucionará como la de un ser humano. Quizá será aún más fuerte, con el sentimiento de orgullo de ser parte de algo nuevo. ■

## 2. Hemel Hempstead

Por Sybil I. Hinton

¿Qué es lo que más necesita una ciudad?: casas, tiendas, escuelas, industrias, todo esto ciertamente, pero el elemento que más contribuye a su carácter, es la población. Solamente puede reconocerse la importancia de ello experimentando el entorno de un ambiente recién creado.

Había estado casada diez años y no habíamos hecho más que terminar nuestro pequeño bungalow según lo que habíamos soñado que debía ser, cuando fue necesario que nos mudásemos. La idea me hacía mu-